

---

# EL CLUB UNIVERSITARIO

PERIÓDICO CIENTÍFICO LITERARIO

---

**MIGUEL ISABELINO MENDEZ**

EDITOR Y ADMINISTRADOR

---

## SUMARIO DEL NÚM. 47

---

LA UNIVERSIDAD, por F. A. B.—CARTA DE POLANCO *al Sr. Editor del "Club Universitario"*  
LA DIVINIDAD DEL CRISTO, por Isaac Camus—SECCION POÉTICA: *A D. Toribio Vidal*, pronóstico, por M. Bahamonde—*Al pueblo*, en las fiestas de la paz, por Enrique de Arrascaeta.  
*Sin verte.*—CASCABELES.

---

## La Universidad

Ha empezado à manifestarse el deseo de que la Universidad sea trasladada á un local mas conveniente que el que hasta ahora ha ocupado.

Ese deseo no puede tener mejores fundamentos que los que tiene.

Dos razones principales hay en la actualidad, para que se efectue la traslacion.

La una, de carácter transitorio, consiste en que por su malísima situacion, favorece el desarrollo de las epidemias, que siempre han tenido su origen en las orillas occidentales de la ciudad.

La otra, de carácter permanente, consiste en que por el punto que ocupa, haga difícil la regularidad de la asistencia de parte de estudiantes y catedráticos, quienes tienen que andar, cuando menos una vez al dia, todo el largo de la ciudad para concurrir á las aulas.

La situacion actual de la Universidad falta, pues, á las dos condiciones esenciales de todo establecimiento: la hijiene y la comodidad de las personas à quienes sirve.

Los establecimientos públicos son creados para la satisfaccion de necesidades públicas, y para satisfacerlas del mejor modo posible.

Toda vez que esto no suceda, deja de responder como debe al objeto de su fundacion, y traba el libre desarrollo de la sociedad.

Si se tiene presente cuánto cuesta entre nosotros persuadir á la juventud de que para ser un buen ciudadano no le basta la instruccion primaria que tan imperfectamente se recibe en los Colegios, que es necesario que asista á una aula á recibir nociones mas estensas y tambien mas exactas;—no podrá negarse que la situacion de la Universidad, que obliga á cada estudiante á caminar media legua ó mas cada dos ó tres horas, es un poderoso obstáculo para el desarrollo intelectual, puesto que dá una razon atendible á la general indiferencia.

La Universidad tiene por fin el progreso; debe pues conducir á él ofreciendo todo género de facilidades. De otro modo conspira contra el pensamiento de su institucion.

Tanto mas indispensable es que esté bien situada, cuanto que tiene monopolizada la enseñanza superior.

Un estudiante de derecho, de procedimientos, que vive en la ciudad nueva, en la Aguada ó el Cordon, que curse dos ó tres materias, se vé en la dura alternativa de andar en un dia tres leguas para ir al foco de la infeccion, ó de quedarse en su casa perdiendo quizas meses y meses de estudio que tarde ó nunca recuperará, — cuando podia perfectamente librarse de estas inconveniencias con un poco mas de prevision ó de buena voluntad de parte de nuestros gobiernos.

A nuestro juicio, corresponde al Consejo universitario tomar en cuenta las poderosas causas que exigen la traslacion del establecimiento á un punto mas céntrico y sano de la ciudad, é iniciar los pasos que sean necesarios para la consecucion de este resultado.

F. A. B.

---

## Carta de Don Polanco

AL SEÑOR EDITOR DEL « CLUB UNIVERSITARIO »

..... En este pais no se escribe porque no se lee.

LARRA. *Pob. Hablador.*

Amigo: Nunca me he visto en tan bárbaros aprietos como en los que vd. me ha metido con su cartita.

Por Dios! Sr. Editor, presérveme de semejantes galanterías.

Me ha creído mozo de agallas, y se engañó. Soy mas tímido que una gacela (¡ qué bicho es ese!), ó mas que un corderito, que esto es mas nuevo, y todo es comparar.

Pues no se le ha puesto á vd. que sé escribir para un periódico científico-literario, y que lo hago bien, y que....

Dígame, mi amigo, ¿cuándo me sorprendió vd. escribiendo para otra que no fuese mi prima?

De veras, su revelacion me ha causado un efecto diabólico. ¿Por dónde me conoce vd. escritor público? Vd. es un insigne soñador.

Ni Juan de Patmos (vd. conoce tanto á ese tipo como yo á D. Amadis ó D. Belianis), ni Juan de Patmos le iguala. Indudablemente, y es lo menos grave que puedo pensar, vd. se equivocó en la direccion. Como que vivo pared por medio con el autor de *Las golondrinas*, *Jacinta*, *blanca como la espuma de la leche*, *Las lámparas*, y otras berzas; ya se vé, erró vd. el tiro.

No sé, no sé qué pensar de su cartita y mucho menos de su intencion.

Mire, cuando rompí el sobre y ví su letra y leí su 'apocalipsis, francamente pensé que vd. se hubiera trastornado, ó que yo deliraba, y hasta creíme con síntomas de fiebre amarilla.

Que escriba algunas carillas para *El Club Universitario!*.... Tiene alma, amigo, tiene conciencia de lo que pide?

Escribir yo? Yo, que de chiquillo he sido tan torpe aun para eso de garabatear, y que solo á pura palmeta y penitencias con ayunos lograba una plana sin borrones, y que hoy me veo como antes, incapaz de aderezar las pocas y pobrísimas ideas que se me andan de un lado á otro revueltas en la chola, ni mas ni menos como fritada de huevos con tomates que pasan de un plato á otro...., ¡yo escribir, señor!....

Francamente que es no tener piedad de su fama de editor, de su bolsillo de gerente, y es no tenerla tambien, y esto es lo mas grave! de mi pobre persona y de mis endeblés costillas.

Y me pide nada menos que un artículo sobre *cosas ó fenómenos locales*.



Pues friolera es lo del ojo ! Me ha dejado vd. frito. Y por todos los santos (abogados de zonzos) que creo que vd. se chancea.

*Fenómenos locales !* Para fenómeno me basto yó, y vd. tambien, por mas que su señora se enoje y me desmienta.

Escribir sobre cosas locales. . . Ni sé si entiendo su pedido. Y con tan estreñido caletre quiere vd. que me ponga á escribir ? . . . .

Quiere decir con *cosas locales* que me meta á relator de fiestas pacíficas ? Si yo supiera escribir le diria que el pueblo abrió la boca con los fuegos artificiales, y que es el mejor provecho que de ellas ha sacado. O mas bien le transmitiria á vd. el juicio de mi amigo el Dr. Dagnino: « Han estado *superferolíficas* como todo el mundo lo sabe. »

Ó quiere V. decir que dé mi *autorizada* opinion sobre las *epidemias* reinantes, que le apunte los casos de fiebre, de viruela, de apatía, de indiferentismo, de necedad, de desórden, (enfermedades de que no curan ni salvan los médicos de esta tierra) ; ó quiere V. que le hable de costumbres, de las escenas *traji-cómico-burlesco-jocososentimentales* (Mendoza Garibay) que suelen tener lugar en nuestros salones ?

Por Santo Tomás de Aquino, que nunca pondré mano en ello, pues mucho me temo que la Policía amoneste á V. y me enjaule á mí, lo que por ser muy comun no dejaria de ser un ataque á nuestras libertades ó licencias.

Si pretenderá V. que yo me meta á crítico . . . . que chafe á los papás y á las mamás, que no cuidan de la buena crianza y moral educacion de sus hijos ; que los reprenda porque dejan que las niñas hagan sus caprichos y se chicoteen solitas por esas calles de Dios, sin mas amparo y resguardo que el recato, el pudor, la buena fé y la moralidad austera. supuestas en los paseantes y transeuntes de estos tiempos . . . . que corren como todos los tiempos . . . . ?

Quiere, por ventura, señor, que condene esa maldita maña de salirse á la calle desnuda de cuello á cintura, en pleno otoño, y la de ponerse cuanto mamarracho y arreo nos manda ahora de Paris Don Héctor F. Varela en los importantísimos figurines de su *Americano* ?

Pretende Vd, acaso que apostrofe á esos *viejos verdes* que se andan todos relamiéndose por cuanta sirvienta graciosa ven por ahí, tentando el pudor, la honra y la fama de una mujer, porque viste sencilla

y es pobre y humilde? — Viejos de esos hay que se dan en la Matriz cada golpe de pecho... ; y francamente, mejor les fuera un porrazo mortal.

Y en fin, que pretenderá Vd. con esa frase *cosas locales*?

Aun si supiese escribir (pese Vd. esa razon), confieso que me veria perplejo para descifrar la misteriosa intencion que ha ocultado Vd. bajo una frase tan vaga, y sobre la cual Vd. lo dice y bien sabido se lo tendrá, hay tanto que cortar...

Tate! Ahora caigo, por lo que hablamos el otro dia, que lo que Vd. quizás pretende es que yo sacuda unos lampreazos á esos señores padres que tan bestialmente emancipan á sus hijos, dándoles licencia para todo desde que dicen ajó y hacen pininos, y se la dan hasta para que carguen revólver á los 12 años, armen grescas en los cafés donde le dan al taquito que es un gusto, fuman su purito y gastan sus buenos pesos y ajos. Y que hable, tambien querrá, por supuesto, de esos padres que por la noche, despues de sus tareas del dia, en vez de quedarse en casa á gozar y solazarse con la familia complaciéndose en su moralizacion; en vez de hacer del hogar un centro de alegrías, de delicias, de regeneracion, lo abandonan y se meten noche á noche en el club, en el café, á jugar al dominó, al billar, á las cartas; á charlar zonzamente sobre necedades politicas que no entienden, ó á seguir la corriente de la comun conversacion sobre mujeres que *prometen*, manjares que dan ánsias al estómago mejor repleto, y otras fruslerías y estupideces que enunciaría mejor si con ellos viviese y ahora tuviera ganas y pudiese escribirlas.

De todo eso y algo mas, quiere V. el articulito?—Pues nada le pide el cuerpo!

No me imagino, por mas que pienso, cómo cayó V. en la tentacion de dirigirse á mí con semejante *tostada*.

*Sobre cosas locales*... — Hombre! si estuviera aquí Raimon Barnetche á buen seguro que se quedaba V. satisfecho hasta decir: basta que me ahoga.

Temas locales como el de *Salubridad*, TAN NECESARIA HOY! (oh, manes de mi amigo Pero Grullo!..) quedaron agotados con las sapientísimas elucubraciones de aquel gran Don Quijote de la democracia. Por lo menos nadie, que yo lo vea, se ocupa hoy de rebuznar



siquiera sobre medidas enérgicas y eficaces para alejar (ponga V. atención sobre el trozo de estilo jorobado, que sigue), para alejar las *espantosas* pestes que *terribles* y tan de cerca nos amenazan *hórridas*, esparciendo terror *pánico* con sus *infernales*, *espantosos* y *tremebundos* estragos. — (Si los epítetos no le asustan, de seguro no le dá la fiebre.)

Quiero suponer, señor mio, que esas son algunas de las *cosas locales* á que vd. se refiere y que entre todas, la que mas quisiera vd. ver tratada en las columnas de su importantísimo periódico, es la de inmoralidad y moralizacion de esta sociedad que en la mirada, en el gesto, en el andar, en el vestir, en el cenar, en el dormir, en todas partes y en todas las cosas manifiesta que es **ORIENTAL**!

Pero óigame, buen señor, qué necesidad tengo yo de hablar de todas esas necedades, de quemarme las pestañas, y de salir á la palestra á que me dén una estocada á fondo y concluyan con mi humanidad que tanto promete para el futuro?

Ah, no señor. De ningun modo, qué bien se está el Papa sin su trono, todas las cosas en proyecto y yo en mi casa con mi prima y mis hermanitos.

Qué necesidad tengo yo de que las viejas ó las señoras me dén de tijeretazos y coscorriones, de que los viejos y los señores, un D. Cornelio ó un *quidam*, me chafen como muchacho tonto que soy, ó me arañen y me dén unguento de palo al dar vuelta la esquina en noche oscura? Cómo no me he de cuidar, señor editor, de que las pollas ó poilinas no me hagan caso, tiernecito y rozagante como soy, y me llamen extravagante, zonzo, entrometido, ridículo? Y cómo he de soportar que mis amigos me digan *gazanapiro* y hasta los chiquillos me mojen la oreja?

Ni aunque me lo mandára mi prima, que me tiene de esclavo (cuando nos veamos le contaré la historia) me pondría de para-rayos de tales letanías de dieterios y maldiciones como me lloverían si sobre esas cosas locales me metiese á escribir.

Sí, mi amigo y señor, si ello hiciera, si me pusiera á escribir sobre esas cosas y casos, es seguro que las gentes me considerarían infestado, febriciente y la Junta de Higiene disputaría mi fumigacion y tratamiento á lo honorabilísima Comision de Salubridad que

dia y noche, como es notorio, se quema las pestañas por salubrificarnos.

Empero, mi buen señor, aun cuando no mediaran todas las gravísimas circunstancias que le apunto, yo no sería capaz de mojar la pluma en el tintero para dar trabajo á los cajistas de *El Club Universitario*. Hay una cosa que me aterra. Y no se asuste Vd., que por estas alturas pienso en dar fin à mi epístola que es mas larga que un *pericon*.

Sí, señor editor, hay una cosa que me aterra!!!

Dado que supiese yo escribir, dado que fuese mas fecundo que el Tostado, no accedería á su pedido porqué, francamente, es para un escritor el mayor de los suplicios, « es terrible y triste cosa, decia Larra, escribir lo que no ha de ser leído. »

Así, el solo pensamiento de que su periódico es para esta sociedad, segunda edicion de la de Batuecas aumentada y corregida, como para un católico el libro que registra el *Index*, ó como para su servidor los *gorgoritos* á la luna, á las flores, á los pájaros y al viento, de los poetastros del dia; el solo pensamiento, señor editor, de que solo escribo para media docena de imberbes mozalvetes y de papanatas trogloditas que todo se lo engullen sin digerirlo....; ah, señor mio! la sola idea de que escribiría, como todos sus colaboradores, para el carnero y para usos domésticos; eso.... basta y sobra para que ni ganas me vengan siquiera de aprender á escribir.

Ay! señor editor, si vd. supiera lo que pasa todos los Domingos con su periódico!!! No tengo mas que acordarme de mi vecino. Se lo dejan, y esclama: ah!...., bueno...., y sin hojearlo siquiera, allá vá, al rincon, al suplicio del polvo, ó á otros usos mas bajos, como se lo llevo dicho.

Y en presencia de estas cosas, escriba V.... — Se necesitaria agallas de dorado, paciencia de *Pagador*, y la abnegacion y sangre fria de algunos poetillas y escritorzuelos del dia.

No sé, no atino à explicarme por qué estas gentes no leen su excelente semanario, pues las mas de las veces es interesantísimo, salvo una que otra zoncera que nunca pueden faltar, que hasta ahora he visto burro sin orejas y hombre sin debilidades y flaquezas.

Con toda mi habitual franqueza le diré que hace mucho tiempo ten-



go puesto en prensa mi caletre para convencerme de que en este país, como en las Batuecas de Larra, « no se lee porque *no se escribe* y no se escribe porque no se lee.»

Así, Sr. Editor, ya de ello convencido, no hay poder en el mundo que me haga escribir para su periódico, y puede V. irse con su música a otra parte.

Vd. parece que no comprende, buen hombre, que estas gentes de por acá son demasiado sábias é ilustradas y no necesitan de su Semanario y viven perfectamente sin sus luciérnagas de V...?

Concluiré dándole un consejo: Mire, no turbe el sueño de esta sociedad, que el primer mandamiento periodístico debe ser: no fastidiar al lector, ó sea no embromar al prójimo; no por lo que de Vd., como Editor reciben, sino por lo que Vd. les quita.

Deje en paz á estas buenas gentes

..... que sin fé viviendo

Llevan muerto el corazón

y tenga bien presente que en los tiempos que corren « *lo que mas vale, no es tener corazón, sinó zapatos* ».

Recuerdos á la señora y á los chicos y Vd. me libre de otras impertinencias.

Suyo afmo.

DON POLANCO.

---

## La divinidad del Cristo

En el número 46 de *El Club Universitario* se registra un artículo titulado « El catolicismo y la divinidad de Jesus » y aunque estamos conformes en general con la primera parte de su tema, disentimos completamente en la segunda, con las ideas que el señor Huss ha emitido.

Y decimos que pensamos con él cuando atacando á la Iglesia Católica, enumera todos los errores en que ha caído y fulmina un antaema contra todos los desaciertos que ha cometido.

Para nosotros, mientras que la Iglesia no vuelva á ser lo que era en el primer siglo, mientras no abandone todos los dogmas que ha fabricado, y mande abolir todo lo que es contrario al espíritu del Evan-



gelio puro, tendrán razón sus enemigos en flagelarla y dará armas á sus contrarios para combatirla.

La Iglesia necesita una reforma radical, que se hace cada día mas necesaria, y nos asiste la creencia que no ha de terminar el siglo XIX sin que se opere una transformacion completa en el seno del catolicismo.

Hemos dicho al empezar nuestro trabajo que no estábamos conformes con las opiniones del Sr. Huss en cuanto se refieren á la divinidad de Cristo, la divinidad de Cristo que segun el Sr. Huss *es un crasísimo error copiado á las religiones asiáticas y que no resiste al soplo de la reflexion.*

Dos son los argumentos en que pretende apoyarse nuestro ilustrado contrincante. El primero, es que Dios es intrasmisible é incomunicable, deduciendo de ahí que es metafísicamente imposible que el Ente Supremo pueda tomar la forma humana para mostrarse á los hombres; y el segundo, que Cristo jamás declaró que era él lo Absoluto.

No sabemos en qué sentido tomar aquí las palabras intrasmisible é incomunicable. Si el señor Huss ha querido decir con la primera que Dios no puede convertirse en una piedra, razón tiene; pero de esto á que el hacedor del hombre, el Ángel de la creacion no pueda tomar su figura para redimirlo, hay una distancia inmensa.

Al primer golpe de vista parece ser cierta la imposibilidad que Dios pueda humanizarse de la misma manera que ciñéndose estrictamente á no admitir nada que no esté conforme con las leyes de la naturaleza, es material y moralmente imposible explicar la íntima unión de la sustancia espiritual con la material, cuando nos consta positivamente que ambas órdenes se escluyen.

Para nosotros la humanizacion de Dios está en el orden sobrenatural, orden que indudablemente existe y los libres pensadores debían ser un poco mas consecuentes con sus ideas cuando combatiendo á la escuela que sostiene haber algo que está fuera de la naturaleza y que es superior á ella, aceptan, aunque no se esplican, la union del alma con el cuerpo, union que es la negacion completa de aquella ley natural que dice: lo semejante solo puede obrar sobre lo semejante, y lo que es mas asombroso aun, creen que Dios ha formado de la nada los

millones de soles que en los espacios cosmogónicos giran y rechazan sin embargo lo sobrenatural.

Pasando á examinar el otro argumento en que el señor Huss apoya sus ideas para negarle la divinidad á Cristo, declara que no hay un solo pasaje en la Escritura donde el Divino Mártir afirme ser el Padre Eterno.

Lo íbamos inmediatamente á remitir al capítulo X del Evangelio de San Juan, cuando advertimos que el Sr. Huss ha citado ya el mencionado capítulo, dándole, como es de suponerse, una interpretación torcida.

Cuando Jesus dijo á los Judios que la escritura contenia aquellas palabras: — Yo dije, dioses sois, — espresó con ellas que así habian sido llamados aquellos hombres con quienes el Eterno habia hablado, y si por cambiar con Dios unas palabras habian obtenido aquel tratamiento que los honraba, ¿ cómo no debia llamársele á El Dios cuando el mismo Hacedor lo habia santificado?

Por lo demás, se abstiene el Sr. Huss de comentar el versículo que sigue á aquel en que pretende apoyarse porque sabe muy bien el Sr. Huss que hacerlo seria su mas completa derrota.

Despues de haber analizado las razones que el Sr. Huss aduce para arrancar á Jesús divinizado de la conciencia universal, intento que seria como lo ha dicho el jefe del racionalismo francés, *conmover al mundo hasta en sus cimientos*, hemos creido que era un deber imprescindible en nosotros hacerle á la vez algunos argumentos para probarle que no es tan fácil destruir como á él se le figura el dogma jefe del cristianismo.

Para apoyar nuestra creencia que Cristo se ha levantado de la tumba real y verdaderamente y que por consiguiente no es un simple mortal como lo es el Sr. Huss y como lo somos nosotros vamos á presentarle algunas pruebas *morales*, sin hacer caso por hoy de todos los argumentos *históricos* que poseemos, y que no se pueden rechazar sin desmoronarse al punto todos los fundamentos de la credibilidad humana.

« Es cierto, pues, dice un ilustre escritor contemporaneo, los Evangelios deben ser creidos en lo que nos dicen en contra de sí mismos, que durante la vida de Jesucristo los Apóstoles no sentian



por Él mas que una adhesion nada ilustrada y tosca, que les hacia equivocarse á cada instante sobre el sentido espiritual de la felicidad y del poder que constituian el fondo de todas sus promesas. Con frecuencia se les vió vacilar entre Él y sus enemigos, y á veces hasta compartir con estos la incredulidad y las murmuraciones. Uno de ellos le hizo abierta traicion. Sin embargo, se mantuvieron cerca de su persona mientras fué objeto de la pública admiracion, y pudieron enorgullecerse con sus favores.

A este precio habian abandonado las redes que una secreta inclinacion de hábito y desconfianza les hizo, no obstante, volver á tomar muchas veces : pescadores y apóstoles á la vez. Pero llegó el momento de la gran prueba. Para confortarlos, en su postrer banquete, les dió el buen maestro los mas tiernos testimonios de su amor y las mas reiteradas seguridades del próximo cumplimiento de sus promesas. No les disimuló empero, las ignominias, los sufrimientos y la muerte por que tenían que pasar ; pero hizo brillar al través de todo la esperanza de su resurreccion, y la efusion de aquel espíritu que debía enseñarles todas las cosas y realizar por medio de ellas la dominacion universal el reino eterno del Cristo que era la grande espectacion hereditaria de su nacion. Deslumbrados por esta esperanza y conmovidos sin duda con tanto amor, prometieron ser fieles ; pero ¡ vana promesa ! ardor quimérico que la simpática confianza con Jesucristo alimentaba en aquellas almas sencillas. pero que la espantosa realidad de su pasion y de su ignominiosa muerte debía disipar interponiéndose entre Él y ellos !

Muy pronto, en efecto, no le vemos mas que solo en manos de sus verdugos. Al principio Pedro le sigue todavia, pero *de lejos y por ver en que pararia aquello*. (1) Un instante despues lo niega á las preguntas de una simple criada, y protesta por tres veces que nunca lo ha conocido. En fin aquel tímido rebaño digno de semejante pastor, se disuelve hasta el punto de no dejarse ver ya mas ni uno de ellos, escepto el apóstol San Juan, cuya compasiva amistad vuelve á aparecer entre las santas mujeres al pié de la cruz, cuando la muerte de la víctima ha desarmado á sus verdugos, y que ya nada hay que hacer sino darle sepultura.

(1) Luc. XXII, 54.

No obstante, en este completo naufragio de la fidelidad apostólica, en que nuestros pescadores se muestran tan completamente hombres, parece que no hubiera debido abandonarles la esperanza, pues nada había sucedido que su Maestro no les hubiese anunciado, y además este había aplazado para después de su muerte la manifestación de su poder. Podía resucitar al tercer día conforme ha prometido. No importa, esta esperanza había sido impotente para conservarlos fieles. ¿Qué hubiera sucedido, pues, sino resucitando Jesucristo, no solamente les hubiese acabado de abandonar aquel débil sentimiento de esperanza, sino que se hubiese convertido en justo despecho por haber sido engañados?

Tales eran las disposiciones de los apóstoles, disposiciones que bien merecían que Jesús los apostrofase de repente: « ¡ Oh necios y tardos de corazón para creer ! »

Hay todavía otra circunstancia que acaba el cuadro de la incredulidad y desaliento apostólico; circunstancia sencilla pero muy significativa, que nos proporciona el mismo Pedro, el jefe del rebaño: *Me vuelvo á pescar*, le dice á Tomás y á algunos otros discípulos; y *también nosotros vamos contigo*, le contestaron estos.

Hé aquí á las apóstoles vueltos pescadores. Hasta aquí habían esperado, aunque débilmente; *sperabamus!* pero hé aquí que el mismo jefe dá la señal y el ejemplo, *vado piscari*; y vuelve á tomar su primer oficio.

Tales eran los apóstoles entonces mismo en que la presencia de Jesucristo, ó su reciente memoria, ó en fin, la esperanza de las promesas podía todavía animarlos: gente sencilla pero tosca, incapaz de adhesión, de valor, de fé, de nada generoso y extraordinario, dejándose arrastrar torpemente por su natural condición.

Y sin embargo, después de algunos días, volvemos á encontrar á estos mismos hombres reunidos todos en un solo proyecto, que es morir por Jesucristo, tomar su cruz y hacerla adorar en aquella ciudad que está humeando todavía con su sangre, en medio de aquel mismo pueblo que gritaba poco antes: *Crucifícadlo y que caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!* y en presencia de aquellos mismos fariseos y magistrados que sublevaron á este pueblo y legalizaron su rabia sanguinaria.



En aquella misma ciudad, repetimos, en medio de aquel mismo pueblo, en presencia de aquellos magistrados, han resuelto los apóstoles, tan indolentes en defender á Jesucristo mientras vivía, hacerlo adorar despues de muerto. Su celo por la gloria de este ajusticiado, de este maldito, no se limita á esto: quieren que toda la Judea, toda la Samaria, toda el Asia, la Grecia y la misma Roma, caigan de rodillas á los piés del instrumento de su suplicio. Aun no es esto bastante para sus almas enardecidas; codician mas todavia, y las miras de su proselitismo abrazan desde luego el universo entero. Tan circunspectos y tardíos en creer, tan fugitivos y dispersos, vueltos poco antes á sus redes, de repente los vemos hechos otra vez apóstoles ferrosos: se confortan para no incurrir ya mas en desliz, avanzan para no retroceder ya mas ni un solo paso, y sin embargo, de todas partes llueven mofas, amenazas, tormentos y todo género de muerte; y Jesucristo no está con ellos, y murió, y no ha cumplido su palabra de resucitar y todo para ellos se ha perdido, hasta esta frágil esperanza.

¡ Cualquiera que seas, oh lector, consulta tu naturaleza humana, y pregúntate si todo esto no la desmiente de una manera cien veces mas inadmisibile que la resurreccion, por que la resurreccion supera á la naturaleza elevándola, y esto la trastorna desviándose de ella! ¿ De dónde ha podido salir repentinamente en semejantes hombres y en tales circunstancias esa confianza? ¿ De dónde una energía tan inaudita? ¿ De dónde ese celo y esa seguridad que de todo se rien y que no temen ni la muerte no solamente en sí misma, sino por el perjuicio que va á causar á su empresa? . . . . Si han visto á Jesucristo resucitado, si lo han visto bien, si lo han visto todos, si han recibido la invisible fuerza del Espíritu de Dios, si ellos mismos dan á cada instante prueba de esa existencia sobrenatural obrando milagros, si con su sola sombra curan paralíticos, si hacen temblar á los malos, concebimos que no tiemblan ellos; concebimos que el celo y el amor de la verdad, de la cual tienen ellos en sí tantas garantías los arastren á desafiar el universo, seguros de regenerarlo con la ayuda de aquel que lo erió; concebimos toda su vida santa, y apostólica; concebimos su heroica y generosa muerte, lo concebimos y admiramos todo . . . .

Pero si no hay nada de todo esto, si Jesucristo ha permanecido en su sepulcro, si no se les ha aparecido como ellos mismos dicen, si la pusilanimidad y desconfianza contra las que habian podido preverse durante toda su vida, son justificadas por una muerte sin resurreccion; si nada de nuevo les ha acontecido, ni nada ha ocurrido á su alrededor desde que los dejamos amedrentados y fugitivos no esperando ya y volviéndose á sus lanchas de pescadores... ¡ah! entonces nada de todo esto concebimos, nuestra imaginacion se pierde en un caos de imposibilidades sin solucion, y en lugar de un suceso que comprendemos muy bien poder existir en el orden sobrenatural, que excede á lo acostumbrado sin chocar á la razon, y que hasta la eleva y ennoblece, anudándose con un orden de verdades que preceden y que siguen, y cuyo encadenamiento compone el mas armonioso todo, nos encontramos con un suceso, que deberia ser enteramente claro é inteligible, y que es, no obstante, el mas completo trastorno de la naturaleza y la desesperacion de la razon.. No podemos vacilar, incredulidad ó absurdo. Esto es demasiado! Nosotros nos inclinamos decididamente hácia el lado en que se manifiestan la razon y la fé.»

De igual manera ratiocina Condillac, diciendo: «¿Cómo se han hecho tan valientes estos hombres tan cobardes? Porque han sido convencidos, y lo han sido porque han visto. Todas las circunstancias de las apariciones de Nuestro Señor prueban que no creyeron á la ligera.—Si solo hablase de los motivos que tenemos de creer (de la prueba histórica solo) podria decir el incrédulo que inventaron estos hechos los Evangelistas.

Pero los Apóstoles no hubieran podido creer movidos de unos hechos que hubieran inventado despues los Evangelistas. Si, pues creyeron fué por que vieron, y en su consecuencia no fueron inventados los hechos, y no puede quedarnos ninguna duda de que hayan creído. »

Aquella gran figura de la Iglesia de Oriente que llevó en la tierra el nombre de Juan Crisóstomo formulaba este argumento en términos muy sencillos: « Es muy comun, decia, olvidar despues de muertos á los que se amó con mas ternura. Los apóstoles abandonaron y negaron á Jesucristo mientras vivia, y cuando hubo sido crucificado, mueren por él. Por consiguiente lo vieron resucitado. »



La objecion algunas veces formulada que el cadáver de Cristo fué sustraído del sepulcro por los discípulos con la preconcebida idea de hacerlo aparecer resucitado, carece en primer lugar de todo valor histórico y se halla destruida completamente aplicándole los argumentos que se han desarrollado mas arriba.

Como el *Club Universitario* no se ha fundado para que escribamos nosotros solamente, suspendemos aquí nuestra réplica, no sin advertirle antes al señor Huss, que no fué el Concilio de Nicea el primero en proclamar la divinidad de Cristo, puesto que algunos siglos antes ya habian derramado su sangre los Apóstoles por sostener esa verdad y millares de seres humanos sacrificados despiadadamente en las arenas del circo.

ISAAC CAMUS.

---

## Seccion poética

---

**A D. Toribio Vidal**

### PRONÓSTICO

Si escuchas en las noches de sombras coronadas  
 La vagorosa queja que rasga la estension,  
 Si cruzan á tu vista fantasmas enlutadas,  
 Que infunden á los hombres terrífico temor,

No temas, son las almas que velan en las fosas  
 Los miserables nidos que el tiempo corrompió,  
 Y sobre las cenizas se estienden vaporosas  
 Sin dar á los que fueron corpórea animacion.

El viento que de noche recorre la llanura  
 Y el sordo balanceo nos canta de la mar,  
 El misterioso ambiente que en el eden murinura  
 Yen la callada noche se escucha suspirar.

Toribio, es ese soplo que vive en los mortales,  
 En tanto que su cuerpo no llega á perecer,  
 Y envuelto en el misterio de leyes eternas  
 Desciende á los sepulcros allá al anochecer.

Un dia, cuando vuele mi espíritu al misterio  
 A donde tantos siglos se fueron á dormir,  
 En rátagas sutiles cruzando el cementerio  
 Mil veces, caro amigo, lo escucharás jemir.

Y allí de los vapores que surgen de la tierra,  
 La forma caprichosa, mi sombra pintará;  
 Fatídica gritando cual buho de la sierra,  
 Con eco lastimero mi voz te llamará.

Que en ese inmenso espacio de que se nos rodea  
 Las almas de los muertos reúne el Hacedor,  
 Y allí de las alturas en verlas se recrea  
 Que infunden á los vivos, al murmurar, terror.

Toribio, de ese espacio, te llamará mi acento,  
 Y se alzaré tu vista para el que llama ver,  
 Y sobre tu cabeza se alejará en el viento  
 Mi espíritu invisible, la sombra de mi ser.

Se nublarán tus ojos, del pánico al impulso,  
 Tu frente pensativa tambien se inclinará  
 Formando tus ideas un séquito confuso,  
 Que mas de la materia la fuerza agotará.

« ¡ Oh! sombra que me llamas, ¿ en donde estás, en donde? »  
 Esclamará temblando con emocion tu voz,  
 « Espíritu que me hablas, tú eres de Bahamonde »,  
 « Que vienes á pedirme quizás una oracion. »

Y rezarás, que al hombre las preces fortalecen;  
 Su bálsamo *cristiano* tu lábio verterá  
 Y cuando de la noche las sombras desaparecen,  
 Toribio, de rodillas, el dia te verá.

M. BAHAMONDE.



**Al pueblo**

## EN LAS FIESTAS DE LA PAZ

Mírad cuan bueno, y cuan gustoso es habitar los  
hermanos en union.

(Salmo 132.)

Pueblo, en torno mio ven,  
La voz que invoca tu nombre,  
Es la palabra de un hombre,  
Que siempre anheló tu bien.

Que es puro mi patriotismo,  
Y ufano de él me envanezco,  
A Dios, por testigo ofrezco,  
Que lee en el corazon mismo.

El sabe que mi razon,  
Condena la civil guerra,  
Que en sangre encharca esta tierra,  
En aras de la ambicion.

Que el hermano, sin piedad,  
Mate al hermano, ¡ Oh impericia,  
En nombre de la justicia,  
La ley, y la libertad !

¡ Maldito el hombre feroz,  
Que odio entre hermanos atiza,  
Y empuja un pueblo á la liza,  
Violando la ley de Dios !

Guay de él ! Por qué Dios ha escrito :

« Que entre los yerros humanos,  
« Hacer matar los hermanos,  
« Es el mas grande delito ! » (1)

¡ Harto las facciones, harto,  
De injusticia se nutrieron  
De sangre, la patria, harto,  
E ignominia la cubrieron !

(1) Salmo.

La generacion que es,  
 Tiene, si estudia la historia,  
 Hombres de egregia memoria,  
 De la patria, ejemplo y prez

Si pretende ser Nacion,  
 Aliente su patriotismo,  
 Y sostenga con civismo,  
 Su nacional tradicion.

Sañas de bando, olvidadas,  
 Consagre, en útil solaz,  
 A las artes de la paz,  
 Sus dotes privilegiadas.

Muestre al extraño, con ello,  
 Que le enrostró su fiereza,  
 Que hay en un pueblo grandeza,  
 Que aspirar sabe á lo bello,

Noble grupo Americano,  
 Creed á mi tosco laud,  
 No hay pueblo republicano,  
 Sin instruccion, ni virtud.

Creedme : en un pueblo libre,  
 Que por la ley no se guia,  
 La libertad es ironía,  
 La República, imposible.

Su proceder, como Estado,  
 El pueblo, á esta ley sujete ;  
 Todos los pueblos respete,  
 Si quiere ser respetado.

Tan culto, como el primero,  
 El pueblo guarde su ira,  
 Contra el poder extranjero,  
 Que á esclavizarlo conspira.

Solo, si injusta Nacion,  
 De su flaqueza en acecho,  
 Su honra ataca, ó su derecho,  
 Sin escuchar su razon,



Aprestada á combatir,  
Firme en Dios, y en su justicia,  
Lidie la hueste patricia,  
Hasta vencer, ó morir.

Entónce el pueblo hará ver,  
Con placer de un Continente,  
La República esplendente,  
De decoro, y de saber,

ENRIQUE DE ARRASCAETA

---

### Sin verte

Triste estoy, dulce alma mia,  
triste encuentro el claro cielo,  
sin tu luz;  
triste asoma el nuevo dia  
ausente del bien que anhelo,  
que eres tú.

Del alba las nubes bellas,  
de las plácidas estrellas  
el fulgor,  
no prestan paz á mi alma,  
que solo encuentra la calma  
con tu amor.

Las flores encantadoras  
no tienen ya dulce encanto  
para mí;  
no hallo en las fuentes sonoras  
tanta dicha, placer tanto  
como en tí.

Que es tu faz, ángel del cielo,  
de esperanza y de consuelo  
manantial;  
y en tí encuentra el alma mia  
su esperanza, su alegría  
su ideal.

Qué valen, dime, que valen  
 las bellezas tan soñadas  
 de la huri,  
 sino hay bellezas que iguallen  
 á las que hay en tus miradas  
 para mí ?

Por eso, dulce alma mía,  
 triste encuentro el claro cielo  
 sin tu luz ;  
 y hallo triste el nuevo día,  
 ausente del bien que anhelo  
 que eres tú !

## Cascabeles

Hermosa es Berta.

Hermosa, como en la primavera la aurora.

Como en invierno el sol.

Pura, como la gota de rocío depositada como líquida perla transparente en la fresca corola de la pintada rosa.

Inocente, como la tierna paloma que por primera vez tiende las alas para abandonar el nido donde nació.

Buena, como el ángel de caridad que busca lágrimas que secar.

Las diez y ocho primaveras que sembraron de flores el camino de la vida de Berta, no pudieron aun abrir su corazón al amor.

Berta no sabe lo que es vivir.

Porque el amor es la vida y Berta no ama.

Berta no ha visto la luz.

Porque el amor es la luz, y Berta no ama.

El corazón de Berta, tranquilo.

El alma de Berta, dormida.

Inocente es.

Los ojos de Berta, rayos abrasadores, inflaman dos corazones á un tiempo.

Dos galanes la hablan de amores.



Pobre es el uno.

Rico el otro.

Los dos buenos.

Amor, y nada más que amor, le ofrece el primero.

Amor y lujo le ofrece el segundo.

Ambos galanes son gallardos.

Ambos apasionados.

¿A quién elegir?

Berta consulta consigo misma.

Piensa en el pobre y su corazón late; siente en él un fuego abrasador, pero agradable.

¿Será el amor?

Ella no lo sabe.

Piensa en el rico y su corazón calla.

Y todo el fuego que antes sentía en el pecho afluye á su cabeza y la trastorna.

¿Será amor?

Ella no lo sabe.

¡Es tan inocente!

Cuando su pensamiento está fijo en el galán de humilde posición, un tinte de dulce melancolía se pinta en su semblante, y una sonrisa encantadora adorna sus labios.

Cuando piensa en el fastuoso pretendiente, un rayo sale de sus ojos y el orgullo satisfecho se levanta sobre su blanca frente.

¿A quién ama?

Cuando Berta oye la voz del primero se turba, tiembla, balbucea y nunca termina una frase.

Y cuando el galán se separa, Berta llora.

Cuando la voz del segundo retumba en sus oídos, Berta piensa y calcula, lo escucha con calma, contesta con serenidad.

Y cuando el galán se marcha, ella fija sus ojos en el brillo de sus joyas.

La llegada del segundo, la desea.

La del primero, la presente.

Ambos le dicen las mismas palabras, ambos le hablan siempre de igual manera.

De amor.

El corazon y la cabeza de Berta se empeñan en una lucha de que ella no se dá exacta cuenta.

Pero ¡ay! el corazon es débil y la cabeza es fuerte.

Amor le ofrece el uno.

Amor y riquezas le ofrece el otro.

Ambos son buenos.

El segundo triunfa.

Y la mano de Berta se une á la del enamorado y rico galan, y un sacerdote bendice la union.

Berta cubierta de diamantes y perlas, de rubíes y esmeraldas, no se dá cuenta de estado de su corazon.

Aun no sabe si es el amor lo que la ha unido á aquel hombre.

Y pasan dias.

Y al volver de su aturdimiento, Berta vuelve sus ojos al pasado.

Los fija en el humilde galan que la enamoraba y siente que el corazon salta de su pecho.

Los fija en su esposo y siente que la vergüenza enrojece su semblante.

¡Pobre Berta!

El amor y la vanidad se presentaron á ella con idénticas faces, y confundió la vanidad con el amor.

¡Desgraciada Berta que lleva un cadáver en el corazon!

El cadáver de su amor.

---

Se anuncia la aparicion de un periódico religioso. Será su fundador y redactor, segun se nos dice, el ilustrado pastor evangelista D. Juan F. Tompson.

Mucho celebraríamos que se llevase á debido efecto este viejo pensamiento del Sr. Tompson.

---

Tenemos en nuestro poder y publicaremos en el número próximo, una carta de nuestro ilustrado amigo *Caramurú*.

Garantimos desde ya momentos agradables á las lectoras del *Club Universitario*.

---

Con el título *La peste — El alma — El dolor y lo imposible* — hemos recibido un interesante artículo firmado por un *Suscriptor* y que hemos tenido que retirar por haberlo recibido ya tarde.

En el próximo número nos complacemos en darle un lugar preferente.

---

Por qué será que el *Mensajero del Pueblo* no ha contestado al artículo firmado por Juan Huss, aparecido en el *Club Universitario* del Domingo pasado?

Doctores tiene la Santa Madre Iglesia. . . . .

---

Anoche celebró sesión el Club Universitario para ocuparse de la reforma del reglamento.

Asistieron un regular número de socios.

---

Se vuelve á agitar de nuevo en el Club Universitario la idea de dar una conferencia pública el 25 del corriente.

Hacemos votos porque este pensamiento se lleve á debido efecto.

---

Recomendamos á nuestros lectores echen un vistazo á la sección poética. Así abandonarán por un momento la mala impresión que puede haberles causado la fiebre amarilla.

---



Hoy debe aparecer por la imprenta del *Ferro-carril* un periódico literario, *La Aurora*.

Deseamos al nuevo colega larga vida y gran acopio de suscritores.

---

### Lágrimas

Lloraste ayer de alegría  
Y lloras hoy de afliccion...  
Por cuánta varia razon  
Gastamos, hermosa mia,  
La savia del corazon !

*Ricardo Palma.*

---

El Sr. Bibliotecario del Club Universitario ha pasado, en estos dias, una circular á aquellos sócios del Club que no han donado, aun, libros á la biblioteca, encareciendo el cumplimiento del art. 2º del Reglamento de la Sociedad.

Aplaudimos el celo desplegado por nuestro amigo Azarola en el cumplimiento de sus deberes.

---